



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

DERECHAS
OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO

Agosto 2008

DERECHAS

Por Octavio Rodríguez Araujo*

El concepto *derecha* ha sido asociado a la conservación del *statu quo*. Es un calificativo reservado comúnmente a los conservadores, a los defensores del orden establecido en el sentido de Easton, es decir como *persistencia* del sistema, que incluye cambios¹. Por lo mismo, es también un concepto que ha variado según las tradiciones y el tipo de sociedad y de poder que se han defendido a lo largo de la historia. Muchas de las posiciones políticas que ahora consideramos de derecha fueron de izquierda en otro momento. El ejemplo clásico para Europa, al que han recurrido muchos autores, incluido Marx, fue el liberalismo y la lucha de la burguesía contra el Absolutismo y los obstáculos del antiguo régimen que impedían su desenvolvimiento. La burguesía fue, en un momento dado, una clase revolucionaria. Luego fue conservadora. El liberalismo, como ideología de un sector de la naciente burguesía europea, fue también considerado progresista, de izquierda, por comparación con quienes veían en él un peligro para las tradiciones, los prejuicios y las formas de vida que defendían la Iglesia católica y la mayor parte de la nobleza y los terratenientes, es decir quienes gozaban de privilegios a costa de la sumisión, la pobreza y la ignorancia de los demás. Los defensores de ese mundo, que cuestionaban la burguesía y los intelectuales liberales, eran los conservadores, como lo son ahora y desde hace poco más de 200 años los defensores del mundo que construyeron esa burguesía y esos intelectuales en algunos países de Europa y en su amplia y creciente área de influencia, el continente americano incluido.

Empero, la identificación de la derecha con el conservadurismo y de la izquierda con el progresismo, que es una identificación común y en uso todavía, no nos explica nada, salvo en algunas circunstancias concretas y específicas. Aunque en general todos entendemos que un conservador es de derecha y un progresista es de izquierda, cualquier intento de definición del conservadurismo y del progresismo tendría que referirse, más que a una persona, partido o clase social, a momentos históricos y a realidades concretas de un país, de una región, de una entidad específica en un contexto más amplio, en la historia misma o

* Este ensayo está basado, con modificaciones, añadidos y supresiones, en mi libro *Derechas y ultraderechas en el mundo*, México, Siglo XXI Editores, 2004.

¹ Sobre el significado de la persistencia, David Easton, *Esquema para el análisis político*, Buenos Aires, Amorrortu editores, [s.f.e.], pp. 119 y ss.

por comparación con otros similares. El profesor chino Qin Hui, en un elocuente párrafo, resume esta cuestión al comparar dos sucesos ocurridos en dos países muy diferentes en dos momentos también distintos:

En Irán, la “revolución blanca” del Sha fue un programa oligárquico capitalista, de modernización autoritaria, que provocó una fuerte reacción fundamentalista, eventualmente desligada de la “revolución negra” de Jomeini. Eso fue muy similar a la manera en que las reformas de Stolipin se toparon con una poderosa reacción de la tradición del *mir*,² pavimentando el camino de la Revolución de Octubre. En tanto que los campesinos rusos odiaron las reformas de Stolipin, ya que les quitaron la tierra, la actitud de los campesinos iraníes fue justamente la opuesta. Cuando la Revolución Islámica arrasó las principales ciudades en 1977-79, los campesinos iraníes —cerca de la mitad de la población— permanecieron indiferentes u hostiles al levantamiento contra el Sha. Ellos se habían beneficiado de su reforma agraria, la cual había también distribuido la tierra de las mezquitas para ellos, y sintieron que debían ser leales a él —a veces atacando las reuniones revolucionarias o tomando por la fuerza las casas de los terratenientes y de los activistas islámicos—. Por las mismas razones, los terratenientes iraníes con frecuencia apoyaron la revolución contra el Sha, mientras que los terratenientes rusos fueron el primer objetivo de la revolución de 1917. Menciono todo esto para mostrar que ninguna clase es inherentemente “progresista” en la historia. Nosotros no deberíamos preguntarnos cuál clase puede movilizar a las demás para las reformas, sino qué clase de reformas podrían ser justas, y beneficiar a la mayoría de la población...³

Lo contrario al conservadurismo, se lee en el *Diccionario de política* de Bobbio, Matteucci y Pasquino⁴, sería el progresismo. Pero ninguno de los dos elementos tiene que ser identificado, sin excepciones varias, con derecha e izquierda, respectivamente. La idea de progreso puede identificarse con la derecha y con la izquierda, según la apreciación y los valores del analista; la idea de conservación igual. La conservación de los bosques y las selvas choca con el progresismo industrial, y hoy la primera es una posición cercana o afín

² Piotr Stolipin, quien fuera presidente del Consejo ruso en 1906, llevó a cabo una reforma agraria que disolvió las comunas rurales (propiedad colectiva) denominadas *mir*. (Nota de ORA).

³ Qin Hui, “Dividing the big family assets”, *New Left Review*, London, número 20, marzo-abril 2003 (en Internet).

⁴ Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (directores de la obra), *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI Editores, 12ª. Edición, 2000.

a la izquierda y el segundo asociado con la derecha que desdeña la importancia de la ecología para la vida del planeta y sus habitantes. Pero no siempre fue así, aunque hubo reflexiones similares en el pasado. Hace muchos años, en 1954, Simone de Beauvoir escribía: “la burguesía empezó a dudar también de las ilusiones que se había forjado: el progreso de las técnicas y de la industria ha demostrado ser más amenazante que auspicioso; y hemos aprendido no a fertilizar la tierra, sino a devastarla”.⁵ De aquí se puede desprender que si conservadurismo es un concepto relativo en sí mismo, la derecha también, y que ambos conceptos dependen tanto del momento en que quiere ubicárseles como de la perspectiva política, moral o ideológica del observador, del analista o de quienes ven amenazados sus intereses⁶.

Bobbio, citando a Revelli, destaca que “no se es de derecha o de izquierda, en el mismo sentido en que se dice que se es ‘comunista’, o ‘liberal’ o ‘católico’. En otros términos, derecha e izquierda no son palabras que designen contenidos fijados de una vez para siempre. Pueden designar diferentes contenidos según los tiempos y las situaciones.”⁷ Pensemos en un ejemplo, a mi juicio elocuente: Antes de los años 60 del siglo pasado, y por mucho tiempo⁸, la derecha estuvo identificada, más en el discurso que en la realidad, con la defensa de la pluralidad y con un cierto eclecticismo; ahora es al revés, es la izquierda la que defiende la pluralidad y se opone al pensamiento único, y más todavía a la imposición de un pensamiento único y a una visión unilateral del mundo.⁹ Cuando la derecha defendía la pluralidad, la ultraderecha y la izquierda —cada una por su lado—

⁵ Simone de Beauvoir, *El pensamiento político de la derecha*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, [1969], p. 12. Esta obra fue originalmente publicada en la revista francesa *Les Temps Modernes* en los números 112-113 y 114-115 de 1954 y posteriormente recogidos y editados por Gallimard con el título *La pensée de droite, aujourd'hui*, París, 1955.

⁶ El nacionalismo, por ejemplo, era visto como un peligro para los imperios multinacionales de Austria y Rusia, y los monarcas de ambos imperios asociaban ese nacionalismo a las corrientes liberales de la época. Los progresistas eran, en esos momentos (en Austria o Rusia), los liberales nacionalistas, mientras que éstos, en Francia y en Gran Bretaña, serían ya los conservadores. En Francia, después de la guerra con Prusia (1870-71), el nacionalismo se convirtió en la causa más importante de los conservadores, para entonces críticos del liberalismo y, obviamente, de la revolución.

⁷ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda*, Madrid, Punto de lectura, 2001, p. 125.

⁸ Es conveniente recordar que el pluralismo fue una reacción del liberalismo individualista al Estado absolutista, y que el liberalismo individualista fue la base ideológica de la burguesía en tanto que no había conflicto de intereses intra e interclases. Como estos conflictos fueron (y son) inevitables (en el capitalismo), el pluralismo habría de ceder su lugar a la imposición coactiva de los grupos dominantes en el Estado.

⁹ Un matiz: en los países llamados socialistas de Europa y en la URSS en tiempos de Gorbachov, hubo quienes demandaban pluralismo, pero no sólo entendiendo por éste la terminación del monolitismo político sino ampliando el concepto al campo de la economía, es decir abrirse al mercado capitalista.

defendían el monolitismo, lo que ahora también llamamos “pensamiento único”. La derecha neoliberal de nuestro tiempo, en cambio, defiende y propone un pensamiento único; más aún: el fin de la historia de Fukuyama¹⁰ y el *There is no alternative* de Thatcher. Eran el fascismo (Mussolini y Hitler) y el comunismo de los tiempos de la Tercera Internacional (sobre todo con Stalin a partir de 1927-1931) los que se oponían a la pluralidad, a la diversidad, a la desunión bajo un Estado que, en esa lógica, representaba la unión de todos, subordinándolos; es decir, la ultraderecha y la izquierda, esa izquierda que confundió la idea de Marx de *comunidad teórica* con monolitismo en el pensamiento, en la organización, en la vida cotidiana.¹¹ Quienes se oponían a la pluralidad parecían no darse cuenta del retroceso histórico en que estaban incurriendo. La defensa de la *unicidad* fue argumento de tendencias totalitarias y del absolutismo. Flores Olea, en referencia al carácter absoluto del monarca, nos recuerda que “el monarca, en la necesidad de *unidad* que impone la razón, combate a los elementos disgregadores de su reino y lucha contra el ‘pluralismo’ y la ‘diversificación’ de la autoridad y de los poderes en su territorio.”¹² Por contraparte, en el *posmodernismo* se critica la unicidad y la idea de totalidad: “Nosotros vivimos ahora en la era de los objetos parciales [...] No creemos más en una totalidad primordial que alguna vez existió, o en una totalidad final que nos espera en una fecha futura”¹³, por lo que, por un lado, se soslaya la lógica totalizante del capitalismo, afirmando implícitamente la inmutabilidad de éste como sistema económico, y se rechaza, por otro lado, la sustitución del capitalismo por el socialismo (una totalidad final). Como ha podido verse, derecha, ultraderecha o izquierda no designan contenidos inmutables. Estos cambian “según los tiempos y las situaciones”.

Nunca, como en los últimos años, se han cuestionado con tan sólidos fundamentos conceptos tales como progresismo y su contraparte: el conservadurismo. Muchos de los niños y los jóvenes de hoy, con toda razón, están preocupados por lo que les heredarán el

¹⁰ Escribía Fukuyama: “si miráramos más allá de la democracia y los mercados liberales, no había nada hacia lo que podíamos aspirar a avanzar; de ahí el final de la historia.” <http://www.arrakis.es/~trazeg/fukuyama.html>.

¹¹ Sobre el concepto *comunidad teórica* y la importancia de éste en el desarrollo y análisis de la izquierda, véase Octavio Rodríguez Araujo, *Izquierdas e izquierdismo. De la Primera Internacional a Porto Alegre*, México, Siglo XXI Editores, 2002.

¹² Víctor Flores Olea y Abelardo Mariña Flores, *Crítica de la globalidad. Dominación y liberación en nuestro tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 108.

¹³ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Anti-Oedipus: Schizophrenia and Capitalism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983, p. 42.

progreso, por lo que ya les ha dejado y en el que viven. La contaminación y la insuficiencia de agua, para sólo citar dos ejemplos de alto significado biológico, son temas de profunda reflexión en el siglo XXI, y de diferencias. Hace dos siglos la industria se veía como progreso y muy pocos, en una lógica humanista y no religiosa, la cuestionaban. Hoy se sabe que la industrialización ha resuelto muchos problemas pero que ha creado otros que se han convertido en una suerte de monstruo de Frankenstein, como la emisión de dióxido de carbono, metano y óxido nitroso por el desarrollo industrial, cuyos efectos en el calentamiento de la Tierra y en los cambios climáticos serán catastróficos para toda la humanidad¹⁴. Walter Benjamin, cita Michael Löwy, decía que el progreso técnico e industrial puede ser portador de catástrofes sin precedente.¹⁵ La idea de progreso, como el progreso mismo, también es discutible como lo demuestra, entre otros, Popper¹⁶. Por lo mismo, la oposición al progreso no es ni puede ser unilateral ni se plantea en una sola ideología o corriente de pensamiento. Ciertas izquierdas y algunas ultraderechas ven en los defensores del progreso y en el progreso mismo un adversario o un enemigo. La idea de progreso, en las sociedades capitalistas (y en cierto sentido también en las llamadas socialistas de los tiempos de la industrialización a toda costa), supuso y supone, por otro lado, una mayor jerarquización de la sociedad, es decir mayores desigualdades, particularmente visibles en el mundo capitalista.¹⁷ Los “dueños” y usufructuarios del progreso son, tanto en la sociedad capitalista como en la llamada socialista, las elites, los que gozan, en un caso, de las mayores riquezas y del poder político y/o de los medios de comunicación masiva, o, en el otro caso, de mayores privilegios además del monopolio de los medios de comunicación y de la coacción. El extremo límite del poder sobre el progreso, que yo llamaría totalitarismo absoluto u orwelliano, y que por fortuna sólo ha

¹⁴ Estados Unidos emite el 25 por ciento de dióxido de carbono con sólo el 4 por ciento de la población mundial. Véase, con amplia información, Pablo Clavijo López (director), *Guía Mundial. Almanaque anual 2003*, Colombia, Editorial Cinco, 2003, p. 114.

¹⁵ Michael Löwy, “La dialectique de la civilisation: figures de la barbarie moderne au XXème siècle”, en Marcello Flores, *Storia, verita, giustizia. I crimini del XX secolo*, Milano, Mondadori, 2001. (Copia proporcionada por el autor.)

¹⁶ Karl R. Popper, *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, §32: “La teoría institucional del progreso”, pp. 167 y ss.

¹⁷ Aun en la Unión Soviética, donde sólo en sus primeros años, sobre todo en el campo, hubo propiedad privada de los medios de producción, la colectivización y el desarrollo acelerado de la industria fortalecieron el desarrollo de una elite burocrática, jerarquizada y diferenciada del resto de la población. Véase E. H. Carr, “Revolution from Above”, en *New Left Review*, London, número 46, noviembre-diciembre 1967, pp. 17-27.

sido una aproximación en los totalitarismos existentes hasta ahora, significaría, en términos de Popper en referencia a su control holístico, *el fin del progreso*,¹⁸ tampoco deseable.

El progreso tiene víctimas¹⁹. El no progreso también. Pero en los últimos años pareciera que sólo importan las víctimas del progreso. A éstas es a quienes se dirigen algunas de las nuevas izquierdas (diferentes a las de los años 60 del siglo pasado), pero también las ultraderechas no gobernantes tanto en Estados Unidos como en Europa occidental y en aquellos ámbitos donde el progreso (y la modernización) se percibe como atentatorio de fundamentos religiosos, usos y costumbres tradicionales o formas culturales que han querido mantenerse al margen de las llamadas occidentales. Curiosamente, algunas izquierdas se han preocupado más por las víctimas del *no progreso* relativo (los pueblos marginados, por ejemplo) que por las del *progreso* (en concreto, por los trabajadores). Los tiempos cambian.

Los defensores del progreso son, también y en cierta forma, conservadores. Defienden la conservación de una dinámica económica, política y cultural que, en términos sociológicos, beneficia a unos cuantos. El desarrollismo de los años 50 del siglo XX en América Latina fue, sin duda, progresista, y contó con el apoyo de las masas empobrecidas al pensar que mejorarían su situación, pero fue al mismo tiempo conservador ya que el implícito era evitar que el orden fuera subvertido y que el comunismo pudiera ganar influencia.²⁰ Un ejemplo altamente revelador fue el que estudió Miriam Limoeiro Cardoso sobre el gobierno de Juscelino Kubitschek en Brasil. “La perspectiva política general — escribía— [era] cambiar, pero dentro del orden, para garantizar el orden. Al plantear en estos términos la necesidad del desarrollo, Juscelino [movilizó] a extensos sectores para el esfuerzo desarrollista.” Y más adelante la autora decía: “La actitud desarrollista es francamente transformadora, muestra una profunda disconformidad con el presente. Por otra parte, es abiertamente conservadora, preocupada como está por garantizar el orden por encima de todo. En cuanto al campo económico es marcadamente innovadora, al impulsar los sectores emergentes, al concentrar las inversiones en áreas nuevas, predominantemente

¹⁸ Karl R. Popper, *op cit*, p. 174 (las cursivas son mías). Sobre el holismo en Popper, véase en esta obra el § 7.

¹⁹ Después de invadir a Irak, de matar civiles y de imponer un gobernante espurio en ese país, George W. Bush declaró: “Pienso que un Irak libre será un ejemplo de libertad y de *progreso* para todo medio oriente.” *La Jornada*, México, 16 de abril de 2003. (Las cursivas son mías.)

²⁰ Después del triunfo de la revolución cubana Estados Unidos diseñó una especie de nuevo Plan Marshall para América Latina, y éste se llamó, precisamente, Alianza para el *Progreso*.

industriales —aunque con eso contraría la hegemonía que regía anteriormente.”²¹ El ejemplo citado de Brasil no fue único, y menos en esos años. En la actualidad, en la era de la globalización, el progreso ha servido también para destruir industrias que no tienen el capital suficiente para incorporar nuevas tecnologías. Este fenómeno ha provocado no sólo el cierre de gran cantidad de empresas medianas y pequeñas sino un crecimiento no previsto —hace treinta años— del desempleo, éste mayor al que pueden asimilar las industrias de grandes capitales y de tecnologías altamente desarrolladas. La consecuencia del progreso, entonces, es también el aumento del desempleo y la marginación de muchos que no cuentan con la capacitación para reincorporarse al mercado de trabajo que supuestamente proporcionan las nuevas empresas.

Por otro lado, el término *derecha* no sólo podría asociarse a los conservadores, sino también a los reaccionarios, es decir a quienes han intentado regresar el reloj de la historia a tiempos y situaciones previas, como por ejemplo a quienes después de la restauración de la monarquía borbónica (constitucional) quisieron regresar a la monarquía absoluta anterior a la revolución francesa. Muchos ejemplos podrían citarse de movimientos reaccionarios, que en los términos actuales calificaríamos como *ultraderecha*. ¿Pero todos los que reivindican un cierto pasado son reaccionarios y por lo mismo de ultraderecha? La defensa de valores, ritos y formas de poder o de representación, en una palabra de una cultura *anterior* (secular), ¿es necesariamente reaccionaria?

Hay un debate sobre estos aspectos relacionados tanto con lo *anterior* como con las *identidades*. Sectores de las nuevas izquierdas, incluso algunas derivadas del marxismo, reivindican las identidades no clasistas de grupos sociales, étnicos y culturales que viven bajo la opresión de quienes tienen el poder para imponer su hegemonía; en otros ámbitos, sin embargo, se analizan estas identidades y la dominación, antiguas y nuevas, en el marco de la lucha de clases y de la lógica totalizante del capitalismo.²² Pero la ultraderecha —y en ciertos casos también la derecha— reclama igualmente la reivindicación de identidades/diferencias no clasistas para afirmarse en sus identidades y en relación con

²¹ Miriam Limoeiro Cardoso, *La ideología dominante. Brasil-América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1975, p. 219.

²² Véase al respecto Leo Panitch y Colin Leys, *Socialist Register 2003: Fighting identities: race, religion and ethno-nationalism*, London, Merlin Press, 2002.

otras identidades que son diferencias: blancos contra negros y viceversa, protestantes contra judíos o musulmanes y viceversa, nacionalismo contra globalización y viceversa, etcétera.

Hay muchas confusiones sobre este punto. En sus afanes por deslindarse de los “viejos” esquemas socialistas de la lucha de clases, de la dominación fundada en intereses económicos y del imperialismo como una expresión de esta dominación, por ejemplo, ciertos sectores de las nuevas izquierdas, defensoras de las identidades y de la pluralidad al margen de las clases sociales, aceptan situaciones despojadas de su historia, aparentemente neutras, como si su lucha estuviera basada en una especie de “borrón y cuenta nueva”.

Aunque parece que el pragmatismo se ha apoderado de las principales corrientes políticas de nuestro tiempo, incluidas en éstas a ciertas izquierdas, es la derecha la más pragmática, pues su ideología es de base empírica-positivista, y más cuando tiene el poder (el poder, por definición, es pragmático). La ultraderecha y la izquierda en general son corrientes que defienden más la ideología que la derecha. La ultraderecha, incluso cuando ha tenido el poder (como por ejemplo en Italia y Alemania durante el fascismo), ha defendido su ideología, pese a que en cuestión de programas, así como en su estrategia y tácticas, ha sido pragmática. La derecha no suele interesarse mucho en la ideología. La derecha se adecua a los cambios y en ocasiones se adelanta a hacerlos para conservar el *statu quo* (nunca estático). Para la derecha la ideología y los principios son mucho menos importantes que para la ultraderecha, por una sencilla razón: la ideología de la derecha es la defensa de sus intereses y los que representa, tenga o no el poder gubernamental.

Respecto del pragmatismo de la derecha, piénsese en la posición de los gobiernos que en 1999 estuvieron de acuerdo en lanzar a los ejércitos de la OTAN contra Yugoslavia y que luego, en 2003, se opusieron a la invasión de Estados Unidos y sus aliados a Irak. En 1999 la Organización de Naciones Unidas no fue consultada, cuatro años después sí, y el Consejo de Seguridad se dividió entre quienes estuvieron a favor de invadir militarmente a Irak y quienes estuvieron en contra, pero que no se opusieron ni reprobaron la invasión unilateral de Estados Unidos a Granada o Panamá, o la de algunos de ellos mismos a Afganistán “contra el terrorismo” en 2002. Pragmatismo y juego de intereses. No otra cosa. Y en este juego de intereses, a nadie parece importarles la situación de los pueblos (en este caso del iraquí, antes con Hussein o ahora sin él), ni la ética ni los tratados internacionales, ni el hecho más obvio de este conflicto: que ni Estados Unidos ni ningún otro país tienen

derecho alguno a invadir a otra nación so pretexto de que “no hay libertades ni democracia”. Es el pragmatismo de quienes tienen poder, de los gobiernos de derecha en el mundo cuyas diferencias o afinidades dependen de los intereses que defienden en cada situación y según las circunstancias.

En el plano que aquí nos interesa, quizá debiéramos abandonar la generalización de las asociaciones *derecha-conservadurismo* e *izquierda-progresismo* que, como hemos visto, implican serias dificultades para su caracterización, aunque aceptemos, sobre todo en el lenguaje coloquial, que la derecha es conservadora como suelen definirla los diccionarios no especializados. Propondría un enfoque diferente, *relacionado* con la lucha de clases inherente al capitalismo, pese a que, como hemos visto, hay quienes piensan que es una óptica obsoleta. Soy consciente de que el debate sobre las clases sociales dista mucho de haber sido resuelto, de que en Marx y los marxistas no hay una teoría acabada sobre el tema, de que incluso en Marx hay diversos enfoques sobre la caracterización de las clases sociales y sobre la lucha de clases, pero no es el punto a discutir, directamente, en este escrito.²³ Me interesa más el problema de las clases sociales en términos de *interés de clase* y de *dominación*.²⁴ Erik Olin Wright²⁵ señalaba que “cualquiera que sea el significado del concepto ‘intereses’, seguramente incluye el acceso a recursos necesarios para cumplir varios tipos de metas u objetivos. La gente ciertamente tiene un ‘interés objetivo’ en incrementar su capacidad para actuar.” Y en este sentido, la estructura de clase impone límites para el acceso diferenciado a recursos en una sociedad y, por lo mismo, a capacidades también diferenciadas para actuar. Las clases dominantes han tenido y tienen claro que para mantener y reproducir su poder y lograr sus metas y objetivos (en función de sus intereses) tienen que mantener y reproducir la estructura de clases que les permite ser dominantes.

Si aceptamos que en toda sociedad capitalista, de manera más evidente que en las llamadas socialistas, hay unas clases que dominan y otras que son dominadas, la derecha

²³ Para dar una idea de las dificultades inherentes al concepto de clase social y de lucha de clases, me permito remitir a la estupenda síntesis del debate sobre el tema en los apartados correspondientes en Georges Labica y Gérard Bensussan, *Dictionnaire critique du marxisme*, Paris, Presses Universitaires de France, (2a. ed.), 1985.

²⁴ Una discusión sobre el *interés de clase*, anterior al libro de Wright citado en la siguiente nota, puede leerse en Göran Therborn, *¿Cómo domina la clase dominante? (Aparatos de Estado y poder estatal en el feudalismo, el capitalismo y el socialismo)*, México, Siglo XXI Editores, 1978, p. 173 y ss.

²⁵ Erik Olin Wright, *Classes*, London/New York, Verso, 1985, p. 28. Hay traducción al español, pero tiene muchas imprecisiones.

siempre estaría ligada de una forma u otra a los intereses fundamentales de las clases dominantes. En este caso conceptos como conservadurismo se pueden asociar con esos intereses de las clases dominantes. Podría hablarse de conservadurismo asociado a los intereses de las clases dominantes y de este modo el concepto pierde una buena dosis de ambigüedad. Pero igual podría hablarse de progresismo (y hasta de modernización) asociado a los intereses de las clases dominantes, como ya hemos visto. ¿Y entonces? Salta a la vista que aquí lo que importa es la asociación con los intereses de las clases dominantes, una vez que dominan —permítaseme la aclaración aparentemente redundante.

Dominantes-dominados tiene que ver con desigualdad. Desigualdad es lo contrario a igualdad. En la lucha de clases, es decir en la teoría de las clases sociales, uno de los implícitos es que unas clases dominan a otras, con lo que se establece una relación de desigualdad. En el socialismo del que hablaba Marx no existirían estas desigualdades *sociales*, menos en el comunismo. Cuando la izquierda ha estado asociada al socialismo, como meta y como lucha, el implícito ha sido la *tendencia* a la igualdad (subrayo *tendencia*). Aquí igualdad no quiere decir eliminación de los desiguales, que es un principio totalitario, sino la igualdad que respeta las diversidades, la que en las diferencias acepta y respeta a todos como personas o grupos *en un marco de no dominación*. En términos de Bobbio: “*Igualitario* es quien tiende a atenuar las diferencias; *no igualitario*, quien tiende a reforzarlas.”²⁶ Hay propuestas o planteamientos que, incluso en el capitalismo, tienden a hacer menos grandes las desigualdades, como los impuestos directos progresivos, la educación, el derecho al trabajo, el derecho a la salud, etcétera y, en el ámbito político, también la oportunidad de participación de la sociedad en los asuntos de su competencia. El elemento que mejor caracteriza a las doctrinas y movimientos que se han llamado de “izquierda” es el igualitarismo, siempre y cuando éste sea entendido no como la utopía de una sociedad donde todos sean iguales en todo sino como tendencia. Es decir, exaltar más lo que convierte a los hombres en iguales y no lo que los convierte en desiguales, por un lado, y por otro, mediante la práctica favoreciendo las políticas que tiendan a convertir en más iguales a los desiguales.²⁷

²⁶ Bobbio, *Derecha...*, *op cit*, p. 147 (las cursivas son mías).

²⁷ *Ídem*, p. 149. (No he citado el párrafo de Bobbio tal como está en su libro, pues hay algunos errores de traducción que lo hacen ininteligible-ORA.)

El igualitarismo, así caracterizado, está asociado al socialismo, como meta y como lucha.²⁸ El no igualitarismo, al capitalismo. El capitalismo, por definición, crea desigualdades²⁹ y las formas de dominación indispensables para mantenerlo son su expresión política, ya que sugieren un poder necesario para preservar el capitalismo, es decir las desigualdades que le son propias y convenientes. Ese poder necesario para preservar el capitalismo, para garantizar la reproducción del capital es, para los teóricos marxistas, precisamente el Estado, el Estado capitalista.

De lo anterior es pertinente resaltar que las *formas* de ese poder (formas de Estado) tienen que ver con la correlación de fuerzas sociales (nacionales e internacionales) y con las tradiciones en un espacio y momento dados. A veces esas formas de Estado son democráticas, a veces autoritarias, en otras se trata de dictaduras y de totalitarismos. Pero estas formas, materializadas en gobiernos, no son las que más felizmente diferencian a las derechas de las izquierdas; si acaso, las políticas que llevan a cabo: menos igualitarias, más igualitarias, siempre en una lógica de dominación/no dominación.

En este razonamiento debe quedar claro que la forma de Estado, un régimen político, es de izquierda o de derecha en tanto sea tendente a promover un mayor igualitarismo (no eliminación de los desiguales, como ya dije antes) o un no igualitarismo, respectivamente. Una vez más la palabra *tendencia* (tendente en este párrafo) es imprescindible para no caer en confusiones ni en generalizaciones que puedan resultar absurdas. Y esa tendencia de un régimen se podrá observar por la orientación de las políticas públicas: hacia la promoción de menores desigualdades o hacia su contrario, la acentuación y reforzamiento de las desigualdades.

Y aquí quisiera llamar la atención sobre una confusión frecuente: el uso de la mayor o menor democracia (sobre todo formal, es decir sin adjetivos) como indicador de izquierdismo o de derechismo. *No tiene nada que ver*. La democracia, sobre todo la formal, es decir la electoral, no hace, por sí misma, más de derecha o de izquierda a un régimen, aunque sí más soportable. La democracia, como bien decía Kautsky, no significa la

²⁸ Es pertinente enfatizar, aunque sea muy sabido, que la idea del socialismo surgió a partir de la crítica de las condiciones de vida de los trabajadores en el capitalismo, y que su teoría se basa en la creación de una sociedad en la que las *profundas* desigualdades sociales sean disminuidas al máximo posible.

²⁹ Sobre este tema, entre otros libros, puede consultarse el de Michael D. Yates, *Naming the System: Inequality and Work in the Global Economy*, New York, Monthly Review Press, 2003.

supresión de las clases sociales ni del dominio de una clase sobre otra.³⁰ La promoción de las llamadas “transiciones a la democracia”, de moda sobre todo desde mediados de los años 80 del siglo pasado³¹, ha servido para generalizar sistemas multipartidistas como sinónimo de democracias, pero de ninguna manera puede afirmarse que estas transiciones hayan reforzado una tendencia al igualitarismo.³² Todo lo contrario: las desigualdades sociales y económicas propias de los países capitalistas, ahora en mayor número que antes de la destrucción del Muro de Berlín, han aumentado en todo el mundo, incluso en los países más desarrollados, vivan o no en regímenes llamados democráticos que se han querido caracterizar, a conveniencia, como multipartidistas como vía a la posibilidad de alternancia en el poder.

Lo ideal sería que la tendencia al igualitarismo se produjera en un ambiente de democracia en el que se garantizaran los derechos individuales, la diversidad de las personas y sus organizaciones, y en el que la dominación de cualquier especie fuera imposible sin el consentimiento de alguien, como demandan en la actualidad algunas izquierdas —no todas y, mucho menos, las derechas en cualquiera de sus variaciones o grados. ¿Será este ideal el del socialismo democrático que hasta ahora sólo ha sido un planteamiento, o quizá una utopía? Puede ser, pero definitivamente la democracia formal que he mencionado no es un marco suficiente para garantizar las tendencias al igualitarismo que sirven para caracterizar a las izquierdas, como tampoco han sido suficientes estas mismas tendencias sin democracia, ya que dieron pie, como bien se sabe, a la justificación del totalitarismo en el mal llamado “socialismo realmente existente”. (Hay algunos autores que han dicho que el totalitarismo en la Unión Soviética se justificó porque la ideología que

³⁰ Karl Kautsky, *La doctrina socialista. Bernstein y la socialdemocracia alemana*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1975, p. 244.

³¹ Desde mediados de los años 80 del siglo pasado se puso de moda la transición a la democracia. Guillermo O’Donnell y Phillippe C. Schmitter publicaron en 1986 (traducido al español en 1991) su *Transiciones desde un gobierno autoritario*. 4. *Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*; y en 1991 (traducido al español en 1994). Samuel P. Huntington publicó su también famoso libro *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Muchos textos sobre el tema se han escrito desde entonces en varios idiomas.

³² La democracia, que se quiere circunscribir a la existencia de partidos políticos, al respeto del sufragio, a la alternancia partidaria en el poder, que es la concepción liberal de democracia, oculta la relación de los diversos ámbitos de poder, incluso económico, con quienes no lo tienen, relación que sólo por excepción es democrática. Cuando los ámbitos de poder permanecen a pesar de la alternancia de partidos y de copiosas votaciones, como es común, no se puede hablar de democracia en sentido real, sino sólo de democracia formal. De aquí que me parezca muy pertinente citar, por acertado aunque sea letra muerta, el concepto de democracia que sugiere el artículo 3º de la Constitución Política de México: se considera a la democracia “*no solamente como una estructura jurídica y un régimen político, sino como un sistema de vida fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo.*”

le sirvió de fundamento era humanista y perseguía objetivos igualitarios, de una sociedad sin clases, en tanto que el nazismo se basó en la irracionalidad de suprimir a las razas consideradas inferiores.³³ Ciertamente el marxismo era humanista, incluso cuando hacía referencia a la “dictadura del proletariado”³⁴, y el nazismo era la negación del humanismo; pero la realidad del stalinismo no fue humanista ni una dictadura del proletariado, ni recuperó el humanismo marxista. Se entiende que una cosa era la revolución y otra tendría que ser la construcción de una nueva sociedad, de un nuevo Estado, de un nuevo régimen. Engels escribía: “Una revolución es, indudablemente, la cosa más autoritaria que existe; es el acto por medio del cual una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de fusiles, bayonetas y cañones, medios autoritarios si los hay; y el partido victorioso, si no quiere haber luchado en vano, tiene que mantener este dominio por el terror que sus armas inspiran a los reaccionarios.”³⁵ ¿Por cuánto tiempo? Engels no dio respuesta a esta pregunta; de esto se encargó la realidad. Al margen de discusiones, por ahora, sobre si fue o no una dictadura del proletariado, lo que se construía en la URSS obviamente no se refería a un régimen humanitario, ni siquiera a una nueva democracia. Una investigación publicada hace unos años, con base en archivos soviéticos originales, revela lo lejos que estuvo el stalinismo de lo que entenderíamos como humanismo.³⁶ El stalinismo ciertamente no llegó a la supresión de razas, ni mucho menos por considerarlas inferiores, pero no por ello dejó de ser irracional la muerte de cientos de miles de personas por reales o supuestas razones políticas. Las relaciones de dominación, aunque de base diferente a las del capitalismo, no dejaron de existir en la URSS y en otros países de orientación socialista)

³³ Sobre estas interpretaciones puede consultarse el inciso “Totalitarismo” de Bobbio, Matteucci y Pasquino, *op cit.*

³⁴ Para Marx y Engels, sobre todo después de la experiencia de la Comuna de París de 1871, la dictadura del proletariado no se entendía como lo opuesto a la democracia ni como una forma de gobierno, sino más bien el poder social de una clase mayoritaria sobre una minoritaria que antes ejercía el poder. Véase por ejemplo el prólogo de 1872 de Marx y Engels al *Manifiesto del partido comunista*. Este poder social, por las reivindicaciones implícitas, era, obviamente, más humanista que la dictadura de una minoría (la burguesía) sobre la mayoría (los trabajadores).

³⁵ Marx y Engels, *Obras escogidas*, 2 tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1966, tomo I, p. 671. El texto citado lo escribió Engels en 1872-1873, cuando el concepto de partido todavía no tenía la connotación de una organización política acabada ni mucho menos vanguardista en el sentido leninista del término. No fue sino hasta 1877-1879 que Marx y Engels hablarían ya de partido con masas, dirigentes y disciplina. Véase O. Rodríguez Araujo, *Izquierdas e izquierdismo*, *op cit.*, pp. 65-66.

³⁶ Véase J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *La lógica del terror. Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques, 1932-1939*, Barcelona, Editorial Crítica, 2001, particularmente el Apéndice 1: “El número de la víctimas del terror”, pp. 473-478.

Hay alrededor de 125 países considerados democráticos en el mundo de hoy. Todos capitalistas, y en ninguno de ellos, salvo en los países escandinavos (y cada vez menos), se perciben claras tendencias al igualitarismo. ¿Qué diferencia existe entre los países llamados democráticos y los que no caben en este esquema, por cuanto a la tendencia hacia el igualitarismo? En general, ninguna. Tan de derecha, por cuanto a tendencias igualitarias, es el presidente de Estados Unidos (donde hay partidos competitivos) como el rey de Arabia Saudita o el sultán de Omán (donde no hay partidos políticos), o la dictadura militar en Brasil y el gobierno “democrático” de Collor de Mello que, de acuerdo con Chossudovsky, aseguró “a las elites económicas [...] lo que los regímenes militares nacionalistas no fueron capaces de lograr plenamente.”³⁷ La diferencia, que sí existe, como existe entre todos los gobiernos del mundo, es de grado. En Estados Unidos y en Brasil, para seguir con nuestros ejemplos, hay más oportunidades para la población, a pesar del crecimiento del desempleo³⁸ y de la pobreza, que en los países con gobiernos despóticos —en el sentido aristotélico del término. Pero más oportunidades para la población no quieren decir menor desigualdad³⁹; en realidad se trata de una pantalla para tratar de ocultar la desigualdad como un problema inherente al capitalismo (bajo un régimen democrático o despótico) y para difundir la idea de que los individuos, si quieren y se esfuerzan, pueden aprovechar esas oportunidades para mejorar sus condiciones⁴⁰, idea que se contradice, sin duda alguna, con

³⁷ Michel Chossudovsky, *Globalización de la pobreza y nuevo orden mundial*, México, CIIH (UNAM)/Siglo XXI Editores, 2002, p. 224.

³⁸ El Departamento del Trabajo de Estados Unidos ha considerado, con datos de junio de 2003, que el desempleo en este país es de los más altos desde la Segunda Guerra Mundial. Véase *La Jornada*, México, 1 de septiembre de 2003.

³⁹ Brasil, por cierto, ocupa el segundo lugar de desigualdad en el mundo, según las mediciones del Banco Interamericano de Desarrollo en declaraciones de Bernardo Kliksberg, *La Jornada*, México, 3 de febrero de 2003. Y Estados Unidos, con base en el índice de Gini (distribución de los ingresos familiares), presenta mayores desigualdades internas (0.41) que cualquiera de los países de Europa occidental, salvo Turquía (0.42). Véase <http://www.cia.gov/cia/publications/factbook/fields/2172.html>. De hecho, según Platt, Estados Unidos tiene el más regresivo sistema de bienestar para la población pobre entre todas las naciones desarrolladas del siglo XXI. Véase Tony Platt, “The State of Welfare: United States 2003”, *Monthly Review*, New York, Vol. 55, Núm. 5, octubre de 2003.

⁴⁰ No es casual que en Estados Unidos se rechace, en general, el concepto de clase social en el sentido marxista del término, y no así en el sentido de Pareto, por ejemplo. El estadounidense promedio piensa que en su país el origen social (e incluso racial) no tiene importancia alguna, ya que es el país de las oportunidades donde cada quien puede hacer consigo mismo lo que desee; es decir uno es pobre porque no se ha esforzado por dejar de serlo (la filosofía del propio esfuerzo). La idea es que se trata de un país de perdedores (*losers*) y ganadores (*winners*), no de clases sociales. Sobre las “oportunidades” para los ricos y los pobres en la sociedad capitalista, incluso en Estados Unidos, véase Michael D. Yates, *op cit*, capítulo 2: “Capitalism and Inequality”. En Estados Unidos, como en otros países industrializados, las encuestas de opinión le han dado más importancia a la igualdad de oportunidades que al reparto de la riqueza. Véase Alberto Alesina, Eward

el crecimiento de los índices de desempleo y desigualdad en todo el mundo, todavía más graves en los países subdesarrollados. ¿Qué oportunidades puede aprovechar quien, además de haber sido expulsado del trabajo, es excluido y reducido a paria?⁴¹

La clave está en la lucha por el socialismo *versus* la defensa del capitalismo, no en la democracia como se ha querido entender entre las clases dominantes y quienes les hacen el juego, consciente o inconscientemente. Esta democracia, que hemos llamado formal, para distinguirla de una democracia real con alcances sociales, económicos y culturales (democracia *social*), corresponde en su origen al liberalismo (la ideología dominante en el capitalismo) y ha sido pensada en una dimensión política, en realidad electoral, incluyendo en ésta una de sus principales consecuencias: la representación política que, con buena dosis de razón, desde hace algunos años se critica por ser elitista. La democracia formal es, en lo fundamental, de elites, igual se trate de elites económicas, burocráticas (o tecnocráticas), de partidos y de otras organizaciones sociales (dirigentes y líderes), o del saber. Es una democracia excluyente, en términos reales, de las mayorías de la población (Schumpeter⁴²); es una democracia que tiende a limitar la participación de las bases sociales, que restringe o acota las libertades, que está construida al margen de la justicia social, que no tiende al igualitarismo social y económico. En una palabra, se trata de una democracia más cercana a las derechas que a las izquierdas, sin que esto quiera decir que sea definitiva, por sí misma, de posiciones derechistas o izquierdistas, como ya se ha señalado.

Esta democracia se ha generalizado en los últimos años, en algunos casos más por factores externos a los países que por movimientos o luchas sociales en su interior. Estos factores externos se resumen en las políticas deliberadas de las grandes potencias económicas y de las instituciones multinacionales que dominan. La democracia, además de obedecer a impulsos y demandas de los pueblos de muchos países donde no existía o donde era administrada con serias limitaciones, ha sido también una *imposición* (llamada condición) del Fondo Monetario Internacional (FMI), del Banco Mundial (BM) y de la

Glaeser y Bruce Sacerdote: "Why doesn't the United States have a European-style welfare state?", Washington, *Brookings Papers on Economic Activity*, núm. 2, 2001, pp. 187-277, citado en OIT, *Revista Internacional del Trabajo*, Vol. 121, núm. 4, 2002 (Versión en Internet).

⁴¹ Este punto lo contempla Pablo González Casanova, "Globalidad, neoliberalismo y democracia", en Pablo González Casanova y John Saxe-Fernández (coordinadores), *El mundo actual: situación y alternativas*, México, UNAM-Siglo XXI, 1996, p. 53.

⁴² Al respecto puede verse David Held, *Modelos de democracia*, Madrid, Alianza Editorial, 2001, p. 204 y ss.

Organización Mundial del Comercio (OMC), dominados por el Grupo de los Siete (G7), para facilitar reducciones o ampliaciones de deuda externa y/o préstamos necesarios para el supuesto desarrollo de los países del llamado Tercer Mundo y de los llamados países ex comunistas de Europa.⁴³ Pero la democracia no va sola, sino en paquete: se “vende” con ciertos requisitos, normalmente impuestos por el FMI, tales como privatización de empresas públicas, disminución del déficit público, disminución drástica de los gastos sociales, topes salariales y homogeneización hacia abajo de los salarios, desmantelamiento de los sindicatos como asociaciones de defensa de los trabajadores, desregulación económica del Estado y apertura comercial y a las inversiones extranjeras. En síntesis, eliminar todos los obstáculos que puedan encontrar los flujos de mercancías y de dinero en la lógica de la globalización, sin importar sus efectos sociales. La ecuación implícita es muy sencilla: *democracia igual a libertad de mercados*.

La globalización que vivimos ha sido una estrategia planeada para lograr un sistema corporativo supranacional⁴⁴ que, por un lado, ha convertido a los gobernantes de casi todo el mundo en *gerentes* o en una suerte de presidentes municipales⁴⁵ y, por otro lado, ha destruido y revertido, en todo el planeta y no sólo en los países periféricos, los avances de bienestar, participación y equidad ganados en décadas.⁴⁶ De aquí la creciente desigualdad mencionada antes.

En un elocuente gráfico aportado por Bernardo Kliksberg, actualmente asesor del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y de otras instituciones, se establece la disparidad de ingresos entre el 20% más rico y el 20% más pobre de la población mundial. La estadística demuestra que la relación de participación en el ingreso entre los más ricos y los más

⁴³ Los países que controlan el FMI son, en primer lugar, Estados Unidos, y le siguen Japón, Alemania, Francia y Reino Unido. Véase al respecto el libro de Patrick Lenain, *Le FMI*, Paris, La Découverte, 1993, donde se explica didácticamente desde la fundación del FMI y el BIRD (BM) y lo que ahora es la Organización Mundial del Comercio (antes GATT), hasta los ajustes estructurales *impuestos* a los países subdesarrollados y la transición de los países del Este de Europa hacia la denominada economía de mercado. Sobre el aprovechamiento de las deudas externas y la ofensiva neoliberal, Eric Toussaint, *La bolsa o la vida. Las finanzas contra los pueblos*, 2 Tomos, México, CADTM-SNTE-Convergencia Socialista, 2002.

⁴⁴ El vocablo “corporativo”, en este caso, se usa en el sentido estadounidense, es decir como grandes sociedades anónimas o de acciones. No confundir, por tanto, con el corporativismo opuesto a la representación democrática que sugiere la aceptación de conflicto, de lucha de clases y de diversidad ideológica.

⁴⁵ Esta idea (de los presidentes municipales) la he tomado en extenso de Paul Hirst y Grahame Thompson, *Globalization in Question (The International Economy and the Possibilities of Governance)*, London, Polity Press, 1996, en Octavio Rodríguez Araujo, “Política y neoliberalismo”, *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, México, UNAM-FCPyS, año XLI, octubre-diciembre de 1996, número 166.

⁴⁶ Al respecto véase Víctor Flores Olea, *op cit*, particularmente los capítulos III y IV.

pobres en 1960 era de 30:1, en 1970 de 32:1, en 1980 de 45:1 y en 1989 de 59:1. Igualmente nos presenta el famoso gráfico de la copa de champán de las disparidades económicas mundiales, que incluye el producto nacional bruto, la distribución del comercio mundial, los préstamos comerciales, el ahorro interno y la inversión interna entre el quinto más rico y el quinto más pobre de la población mundial, y los quintiles intermedios.⁴⁷ La brecha se abre en todos los casos, y más en los últimos 40 años. “En los ’80 —escribía Kliksberg— se estimaba que cuatro de cada diez familias latinoamericanas se hallaban por debajo de la línea de la pobreza, no pudiendo satisfacer sus necesidades básicas. Hoy [1992] el número ha ascendido a no menos de cinco de cada diez familias.” Y más adelante añade que “la estratificación de la pobreza se ha hecho cada vez más regresiva. El sector que más ha crecido es el de los muy pobres, los pobres extremos, que si gastaran todo lo que ganan sólo en alimentos (hipótesis irreal) igual no podrían comprar el mínimo de alimentos imprescindibles.”

Finalmente, como apoyo de lo dicho anteriormente sobre la orientación de los gobiernos de izquierda (tendientes a disminuir las desigualdades) y de derecha (tendientes a aumentar las desigualdades mediante sus políticas públicas), recurriría de nuevo a Kliksberg cuando señala que el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) cuestiona varios mitos sobre la materia. Y uno de estos mitos es que la causa del abandono en que se encuentra gran parte de la población mundial es por falta de recursos financieros, cuando en realidad se trata de “la ausencia de compromiso político” de los gobiernos.⁴⁸

Por lo tanto, si las desigualdades y la pobreza han aumentado a la vez que se ha ampliado la democracia formal, no sólo se demuestra que esta democracia no tiene nada que ver con las categorías izquierda o derecha, como ya se ha dicho, sino que la mayor parte de los gobiernos, “sin compromiso político” con las mayorías, son de derecha, como suelen ser los gerentes en cualquier empresa.

En conclusión, gobierno que no promueve, mediante sus políticas públicas, un mayor igualitarismo (como tendencia) o que refuerza las desigualdades sociales, es un gobierno de derecha. Si además de lo anterior ese mismo gobierno lleva a cabo prácticas racistas,

⁴⁷ Bernardo Kliksberg (compilador), *¿Cómo enfrentar la pobreza? (Aportes para la acción)*, Buenos Aires, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo/Centro Latinoamericano de Administración para el Desarrollo/Grupo Editor Latinoamericano, 1992, p. 14.

⁴⁸ *Ídem*, pp. 12-13. Kliksberg se refiere, obviamente, al compromiso político de los gobiernos con la solución a los problemas de la pobreza y la desigualdad.

xenóforas, contrarias a diversas expresiones culturales y religiosas, entonces estaríamos hablando de un gobierno de ultraderecha (poco frecuente en el mundo de hoy, aunque hay tendencias a su implantación⁴⁹). La mayor o menor democracia, en esta lógica, es un medio y no un fin (como en ocasiones se ha querido ver). Y es un medio para que la derecha o la izquierda puedan llegar al poder y desde ahí orientar al gobierno hacia un mayor o menor igualitarismo, según sea el caso, como también es un medio para quienes piensan que se puede cambiar el mundo sin tomar el poder o, simplemente, y no es asunto secundario, para que la sociedad se pueda expresar sin temor a ser silenciada por “la ley y el orden”. La democracia, en síntesis, además de ser indispensable para garantizar un ambiente de libertades, puede ser útil para los partidos políticos y para que estos en el gobierno, si los centros de poder real lo permiten, puedan determinar políticas de izquierda o de derecha (según las hemos caracterizado), en función de su orientación real (más que formal) y de su compromiso político. Sobraría decir que los centros de poder real no suelen permitir políticas de izquierda aunque un gobierno, resultado de elecciones democráticas, se las proponga. El ejemplo más contundente, que no único, fue el golpe de Estado al gobierno de Allende en Chile (1973), y aunque Mitterrand llegara a decir que Francia no era Chile (puesto que se trataba de la cuarta potencia mundial), lo cierto es que “el sistema”, en palabras de su viuda, no le permitió muchas de las reformas que se había propuesto.⁵⁰

En pocas palabras, la democracia, como concepto aislado, es decir la democracia formal y sin adjetivos, no nos dice nada para caracterizar de derecha o de izquierda a un régimen, a un gobierno o a una organización de la sociedad. *Sólo es o sería de izquierda si el concepto democracia se extiende a los ámbitos social, de las libertades y de la justicia, es decir como elemento favorecedor de tendencias igualitarias y que disminuyan o eliminen la dominación de unos sobre otros.* Si no es el caso, estaríamos hablando de un concepto asociado a la derecha o, mejor dicho, útil para la derecha de raíz liberal en cualquiera de sus variantes. En este sentido debemos diferenciar a la derecha de raíz liberal de la ultraderecha o derecha extrema, en particular a aquella de raíz corporativa (sea tradicional —en la vertiente católica—, sea dirigista —en la vertiente fascista—) que es antiliberal por definición y, por lo mismo, contraria a la democracia representativa, a pesar de las

⁴⁹ Esta posibilidad ha sido planteada ya, desde 1999, por Víctor Flores Olea, *op cit*, p. 130.

⁵⁰ Danielle Mitterrand, en entrevista con el autor en París, junio de 1996.

diferencias entre el corporativismo católico y el fascista.⁵¹ La tradición del corporativismo católico estuvo basada en la inmovilidad, en el conservadurismo tanto político como económico, razón por la cual perdió fuerza con la industrialización y con el resurgimiento ampliado del liberalismo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Fue conservador y en ciertos sentidos también reaccionario. En cambio, el fascismo que bien pudiéramos llamar clásico (el italiano y el alemán) estuvo asociado más a la industrialización que a la conservación de la sociedad estamental del medio rural europeo. No es casual que para algunos autores el fascismo haya sido identificado con progreso en lo económico, pese a haber sido antidemocrático en lo político y en lo social. Una vez más el conservadurismo y el progresismo resultan conceptos resbaladizos. Empero, como corriente política, no hay duda en que la ultraderecha de inspiración fascista, tanto antes como ahora, se ha caracterizado por su desdén por la democracia y por su intolerancia hacia lo diverso o diferente o hacia quienes no coinciden con una determinada concepción de las cosas o de los valores defendidos, según sea el caso. Es por esto que la ultraderecha de inspiración fascista es y ha sido, por esencia, autoritaria y de tendencias totalitarias. El fascismo italiano, por ejemplo, no fue propiamente reaccionario (se planteó la modernización de Italia), pero sí fue intolerante y, por lo mismo antidemocrático. El régimen posrevolucionario en México tampoco fue reaccionario, pero sí fue autoritario aunque mucho menos que el fascismo. Ninguno de estos dos ejemplos de régimen fueron tendentes al igualitarismo, por lo que podrían ser clasificados en la derecha, pero el fascismo italiano fue mucho más de derecha que el régimen mexicano; esto es, el primero fue de ultraderecha, el segundo sólo de derecha. Y, en esta misma lógica, el fascismo alemán (nazismo) fue más de derecha que el italiano. Una vez más, un problema de grados en el relativismo de los conceptos. Uno de los rasgos más importantes del fascismo, señalaba Moore, “fue el violento rechazo de los ideales humanitarios, en particular de toda noción de igualdad humana *potencial*”⁵², y tenía razón. Sólo para quienes se han quedado con el discurso, fuera de contexto y en párrafos aislados y sin apego a la realidad, el fascismo fue tendente al igualitarismo. No fue el caso, ni mucho menos se caracterizó por el respeto al ser humano, como veremos más adelante.

⁵¹ Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, *op cit*, capítulo sobre “Corporativismo”.

⁵² Barrington Moore, Jr., *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Barcelona, Ediciones Península, (2ª. ed.), 1976, p. 362. (Las cursivas son mías para enfatizar la expresión).

Pero aún así nos queda pendiente el problema de la dominación. La democracia, como dije antes citando a Kautsky, no significa la supresión de las clases sociales ni del dominio de una clase sobre otra. Esto es, la democracia no quiere decir *no dominación*.

De lo dicho anteriormente se pueden extraer algunas conclusiones quizá preliminares: las derechas y las ultraderechas, liberales y antiliberales, respectivamente, democráticas y antidemocráticas, también respectivamente, y sean conservadoras o progresistas, no cuestionan la dominación de unos sobre otros. Ciertamente la democracia formal (liberal) puede permitir la formación de un gobierno “con compromiso político” con las mayorías, pero también su contrario. Hitler sugería que la democracia occidental había permitido el surgimiento del marxismo, el cual sería impensable sin aquella, y tenía razón (fue Inglaterra, el país liberal por excelencia en aquel entonces, el que no expulsó a Marx en su largo exilio), pero también permitió el surgimiento del nazismo y que éste suprimiera — negándola— a la *democracia* occidental.⁵³ Esta es una cualidad nada despreciable de la democracia liberal; pero de aquí no debe desprenderse que ésta corrija o elimine, por sí misma, las desigualdades y la dominación. Quizá por esta razón ha habido teóricos que han pensado que para terminar con éstas (las desigualdades y la dominación) sería necesaria una revolución social, ya que las clases dominantes, que se benefician de la dominación, no abandonan fácilmente sus privilegios y los medios que les permiten tenerlos. De aquí la idea del socialismo, es decir la *tendencia* al igualitarismo.

El problema fue que la construcción del socialismo, en la URSS y en los países del este de Europa, cambió los privilegios derivados de la propiedad de los medios de producción por los privilegios derivados del control de los medios estatales de producción, con lo cual se logró un mayor igualitarismo económico y social, pero sin democracia política y sin la eliminación de la dominación, una nueva forma de dominación, en ocasiones mayor que la existente en los países gobernados por las derechas liberales, ya que se llevó a cabo en el marco de formas totalitarias de ejercicio del poder.

⁵³ La genealogía del nazismo la ha estudiado Enzo Traverso en *La violencia nazi. Una genealogía europea*, Argentina, Fondo de Cultura Económica, 2003, donde el autor señala que “la singularidad del nazismo no reside en su *oposición* al Occidente sino en su capacidad para lograr una *síntesis* entre sus diferentes formas de violencia” (p. 168), formas de violencia que, en mi interpretación, se encuentran en la “civilización occidental” de manera contradictoria y complementaria con la “democracia occidental”, también existente en Occidente y que ciertamente negó el nazismo.

Si bien en el pasado las izquierdas desdeñaban las libertades individuales y sociales y los derechos humanos y ciudadanos en regímenes tendentes al igualitarismo (en los países llamados socialistas, significativamente), hoy en día las cosas han cambiado o están en vías de sufrir modificaciones importantes. Una de las virtudes de los movimientos estudiantiles-populares, comúnmente ubicados en 1968, fue su demanda antiburocrática, antiautoritaria y antimonista; es decir, contraria a cualquier forma de dominación de una clase sobre otra o de un *gobierno* sobre los gobernados (en un país o región, en una organización, en la escuela e incluso en la familia). Democracia, libertades, autogestión serían las propuestas de esa nueva izquierda surgida desde finales de los años 50 del siglo pasado y que irrumpieron de manera más o menos generalizada una década después.

De esos años a la fecha, las izquierdas, con algunas excepciones, coinciden en las demandas por un mayor igualitarismo, pero con libertades y democracia. Las derechas se plantean las libertades (incluidas la de empresa y la de mercados) en un ambiente de dominación, pero no la tendencia al igualitarismo que, obviamente, contradice la lógica del capital. Esto es lo que las define en lo fundamental.